

## Cómo ser agregado cultural en la *otra* Europa (y no morir en el intento)

*Héctor Orestes Aguilar*

A menos de tres lustros de la caída del muro de Berlín, los antiguos países comunistas de Europa Central y Oriental se han transformado de una manera pasmosa. Si damos por hecho que en noviembre de 1989 terminó el siglo xx para esta parte del mundo, podemos decir, también, que en los primeros 13 años de la nueva centuria esta región ha visto transcurrir una cauda de acontecimientos extremadamente acelerada, caótica y contradictoria, que admite de una manera muy forzada la cuantificación normal de las medidas historiográficas.

Tres son las estaciones de este proceso que me ha tocado en suerte presenciar de cerca viviendo en un país centroeuropeo. La primera, recién comenzado el año 1992, a poco de haberse disuelto la antigua República Democrática Alemana, cuando cursé en Berlín un prolongado seminario para multiplicadores culturales. La segunda, durante los más de tres años de actividad docente y literaria entre Alemania y Austria, principalmente en la Universidad Karl Franzens de Graz, que me permitieron pulsar de forma íntima la integración austriaca a la Unión Europea (UE). Y, finalmente, los 10 meses de mi estancia como agregado cultural en la embajada de México en Hungría (concurrente para Bulgaria y Croacia), escenario de uno de los crueros culturales más fascinantes del viejo continente.

No le falta razón a Claudio Magris cuando dice que Budapest es la ciudad más hermosa construida a orillas del Danubio. Cubierta de nieve o inundada de luz, ensombrecida por las agónicas lluvias de primavera o vapuleada por el sol de agosto, la capital húngara no defrauda a quien haya oído decir o leído en alguna parte que su belleza abrumba, que el monumental sentido arquitectónico de sus principales arterias, plazas y cuadrantes la distinguen por encima de los otros vértices del desaparecido imperio austrohúngaro. Quien bien conozca Viena y Praga, y por primera ocasión tenga la fortuna de transitar la majestuosa avenida Andrássy de Pest, podrá comprobar el peso que ejerce en el transeúnte la ornamentación exagerada, el gigantismo, los efectos inesperados de la arquitectura fantástica y ecléctica, los refinados manierismos del *Jugendstil* local, e incluso los hallazgos de los grandes bloques masivos insertados por la estética del socialismo real en el arte de la construcción. Nada, en esta parte de Europa, es comparable a la sensación que percibe cualquier visitante al descubrir que está en una verdadera metrópolis, a la vez mestiza, excéntrica y cardinal.

Las tres grandes partes en que tradicionalmente se divide a la ciudad (Óbuda, Buda y Pest), son pertinentes para trazar definiciones rápidas: la vida cultural —sus instituciones, espacios y públicos— se encuentra predominantemente en Pest. Allí están los recintos canónicos de las artes escénicas, como la Ópera; los escenarios consagrados de la música (la sala principal de la Academia de Música Franz Liszt, la Sala Vigadó); los espacios populares y alternativos, desde la Comedia Nacional hasta el Teatro Merlin, donde se llevan a cabo representaciones en inglés. En Pest también se encuentran teatros de cámara, el así llamado “pequeño Broadway”, los grandes museos nacionales como el Etnográfico, el de las Artes y el Mucsarnok (para el arte contemporáneo y de vanguardia), la mayor parte de las li-

brerías (incluyendo las mejores librerías de viejo) y los puntos de tertulia cultural de moda.

En Pest hay universidades, cafés, galerías, tiendas de discos y partituras, bibliotecas, cines de arte, archivos, espacios para el público infantil, grandes espacios para “eventos” masivos y algunos de los más importantes institutos culturales de otros países europeos, como el Goethe-InterNaciones, el soberbio Instituto Italiano de Cultura y los centros culturales de Austria, Polonia y Rumania: toda una gama de posibilidades en cuanto a oferta e infraestructura culturales. Esta concentración y variedad hacen posible que la cultura, tanto en su parte creativa como en el consumo de la misma, mantenga un ritmo vital permanente y no pocas veces festivo.

Sin contar con el mismo ímpetu, Buda posee, por su parte, el privilegio de ser la zona residencial, boscosa y “elevada” de la ciudad que, además, preserva algunos de los más señoriales centros culturales. Desde sus colinas, en la cima del famoso monte Gellert o en las alturas de Svábhegy (donde vivió el conocido novelista Mor Jókai), se respira un sosiego *tempo* campestre que se desentiende del jadeo urbano y burgués del otro lado del río. No es extraño, por lo tanto, que en esta parte de la capital se encuentren algunos de los centros de investigación científica y tecnológica de punta en el país, como el Instituto Pediátrico de Svábhegy, donde se diseñan terapias muy especializadas de desarrollo neurológico en lactantes, pues para ello se requiere un aislamiento y una serenidad que sólo proporcionan los espacios aireados. En las terrazas del Castillo de Buda —que cobija al Museo Ludwig de Arte Contemporáneo, a la Galería Nacional, a la Iglesia Matías y al Centro Kulturinov, entre otros espacios culturales— la “experiencia” de la ciudad adquiere una dimensión relajada, menos febril, más distendida.

El pequeño distrito de Óbuda (o antigua Buda), por su parte, se mantiene con vida por el encanto y la nobleza que le pro-

porciona su añosa arquitectura barroca, sobreviviente al holocausto arquitectónico que perpetró, durante la era socialista, la construcción de los grandes complejos de viviendas. Allí se encuentran algunos discretos museos y centros gastronómicos, como la casa del brillante narrador decimonónico Gyula Krúdy, y elegantes salas de música de cámara, como el Círculo de Socios. De la misma forma que la Plaza de las Tres Culturas de la capital mexicana, Óbuda es un cuadrante que aprovecha la sobrecarga de pasado y se mantiene en pie a pesar de los apabullantes bloques de cemento que lo rodean y asfixian. Quien una noche se pierda por entre los escasos callejones mal iluminados de esa parte de la ciudad, jurará que se aventuró, sin percatarse de ello, en alguno de los insospechados rincones de Malá Straná, en Praga.

### Acuerdos, convenios, programas

Cuando alguien se propone difundir la imagen de un país y su civilización en un país como Hungría, cuyas provincias —en diversa medida y con diferentes énfasis— reproducen la situación de Budapest, se encuentra, por tanto, con un hecho irrefutable: existe una gran infraestructura cultural, educativa y científica, y una variedad de públicos a los que es posible interpelar y conquistar. Esto no resulta evidente si se repara en el aspecto que define la realidad húngara actual, la de un país en transición.

Por estos días, la República de Hungría experimenta el cuarto cambio de gobierno desde la caída del régimen comunista en 1989. No obstante las transformaciones, relevos de mando y adecuaciones financieras que esto ha implicado en las instituciones, puede afirmarse que el estado perceptible de la escena cultural húngara no es sólo saludable sino emergente. La multiplicación de las agendas culturales (tan sólo en lo rela-

tivo al crecimiento de foros y ofertas) es un síntoma que a primera vista permite un diagnóstico optimista. Nunca, como hoy, los ciudadanos húngaros cuentan con un abanico tan amplio de opciones para acceder a casi cualquier tipo de producción cultural imaginable.

En un clima generalizado de apertura y moderada prosperidad, el despliegue de una “ofensiva” cultural intensa es mucho más factible y, sobre todo, mucho más natural. No resulta extralógico plantear la posibilidad de que aquí, en un país excéntrico de Centroeuropa, poscomunista y en vías de integración a la UE, pueda existir un número suficientemente nutrido de interlocutores para las acciones que pueda generar una embajada o un centro cultural latinoamericano en materia de cultura, educación y ciencia. Tampoco parece descabellado pensar que esto puede reproducirse y ampliarse en el mediano plazo, dando lugar a programas y actividades con una institucionalidad más perdurable. Me explico.

Aparte de las condiciones realmente existentes para el intercambio con los países donde se cumple una comisión, el agregado cultural —como operador de una política internacional de cooperación bilateral en las áreas de cultura, educación, ciencia, técnica y tecnología— cuenta con una serie básica de instrumentos que deben permitirle capacidad de acción: los acuerdos, convenios y programas bilaterales. El eje de su trabajo está allí, en los convenios “marco” que hacen posible la formalización de los vínculos de intercambio en las áreas antes mencionadas.

La parte medular del trabajo del agregado cultural es darle vida a esos acuerdos, convenios y programas, no sólo haciéndolos cumplir cabalmente o dándoles seguimiento terminal, sino alimentándolos con nuevas iniciativas, descubriendo áreas de cooperación inéditas, ampliándolos en contenido y extendiéndolos en duración. En el caso de Hungría, las relaciones

educativo-culturales se norman por el Convenio de Cooperación suscrito en 1998 en Budapest, mientras que las relaciones científico-técnicas siguen los compromisos firmados en el Acuerdo sobre Cooperación en esos campos de 1992, pactado también en la capital magyar.

### La difícil costumbre de estar lejos

Lo dicho acerca de las tareas centrales de un agregado cultural parece una insultante obviedad. Lo es, y no. Al tratarse de una representación concurrente, la embajada de México en Hungría trabaja —en todas las esferas— a ritmos y en condiciones diferentes con cada uno de los tres países ante los que está acreditada. Si en Hungría la transición ha sido razonablemente pausada y progresiva, de Bulgaria y Croacia puede decirse que la asincronía con que se han atemperado las relaciones bilaterales con estos países plantea escenarios completamente distintos.

Después de una prolongada serie de intercambios de información entre las dos partes y de una reunión de consulta previa con funcionarias de los ministerios búlgaros de Educación y Relaciones Exteriores en la ciudad de Sofía, el 8 y 9 de abril pasados, se llevó a cabo de manera exitosa la Segunda Reunión de la Comisión Mixta de Cooperación Educativa y Cultural entre México y Bulgaria en el Distrito Federal. Esta reunión tuvo como resultado final la firma de un acta que contiene el nuevo Programa de Cooperación Bilateral entre ambos países en los ámbitos de educación, juventud, cultura y deporte, vigente para los años 2002-2005.

Este documento acaba de ser ratificado en el país balcánico, su entrada en vigor es un hecho y representa una racionalización del intercambio cultural entre Bulgaria y México, fruto de un esmerado proceso de acopio de información y de

propuestas de ambos países. Entre sus aspectos más destacados, el nuevo Programa apunta hacia una mayor presencia mexicana en foros búlgaros, destacándose el interés de varios estados del interior de la República mexicana —Chiapas, entre ellos— por realizar ciclos completos dedicados a sus entidades en el país europeo.

Sin embargo, comparados entre sí, los niveles de la cooperación bilateral educativa, científica y cultural que México ha establecido respectivamente con Hungría, Bulgaria y Croacia son necesariamente asimétricos. Incluso, al día de hoy, el proceso de consulta con Croacia para revisar los mecanismos de cooperación bilateral del ramo se encuentra en un estado muy primario. Si en Hungría la cooperación científica, educativa y cultural se ha diversificado y se han obtenido resultados constantes y exitosos para ambas partes, si respecto a Bulgaria se cuenta ya con un instrumental renovado para desarrollar una cauda estimable de proyectos, en el caso de Croacia hay que abrir canales para establecer convenios marco que hagan operativos y realistas los proyectos de intercambio con México en el futuro inmediato.

Aunque ciertamente desfavorables, dos situaciones coincidentes marcan ciertas pautas del trabajo de difusión de la imagen de México con estos países:

1. En ninguna de las tres capitales respectivas existe una sede única de México donde puedan realizarse, en forma consuetudinaria, actividades de extensión cultural y educativa, seminarios científicos u otro tipo de acciones de difusión de la imagen de nuestro país.

2. Es de lamentar también la ausencia —en Budapest, Sofía y Zagreb— de una sucursal del Instituto Cervantes, una de las instituciones europeas que más y mejor contribuyen en el viejo continente a la difusión cultural y educativa de los países hispanoamericanos y, en particular, de México. (Hay que subra-

yar, por lo demás, que aun sin contar con una filial del Instituto, existen las llamadas “Aulas Cervantes” en varias de las universidades de Hungría, Bulgaria y Croacia, que cumplen, con mucho decoro, las funciones básicas de instrucción lingüística y de difusión cultural, que orientan la labor general del Instituto.)

La carencia de una sede central para el trabajo de difusión de México hace necesario el trabajo *en redes*. De tal suerte, en Hungría se ha podido colaborar con instituciones como la Universidad de Pécs (situada al suroeste del país), que ha servido como un núcleo multiplicador de actividades culturales y educativas. Gracias a ello, durante los meses de abril y mayo de 2002 la embajada de México contribuyó a la realización de dos grandes ciclos multilaterales: la Tercera Semana Latinoamericana y las Terceras Jornadas de Norteamérica, realizados, respectivamente, con las secciones culturales de las embajadas latinoamericanas acreditadas en suelo húngaro y con las embajadas de Canadá y de Estados Unidos. En ambos casos, las instalaciones que esa institución de enseñanza superior puso a disposición de la embajada de México fueron los foros donde se desarrollaron diversas actividades de difusión, como conferencias, conciertos, proyección de películas, exposiciones y funciones teatrales.

La experiencia del trabajo en redes es laboriosa pero siempre fructífera. A falta de una infraestructura propia, de un espacio representativo e identificable, la multiplicación cultural de un país como el nuestro exige estar en el mayor número de foros posible; demanda la diversificación de acciones y públicos, y la racionalidad en los proyectos. Mientras más lejos estemos de establecer una entidad estable y continua, mayor es la exigencia para que las actividades culturales, educativas y científicas que ofrezcamos tengan un nivel y una perdurabilidad mayor.

Desde el más *otro* de los países de la *otra* Europa

Hungría, Bulgaria y Croacia son países europeos, poscomunistas, con un nivel de desarrollo “desigual y combinado”, que no pertenecen a la UE y que se encuentran, cada uno a su manera, en una etapa de transición política y económica. Extraño es el caso magyar: rodeado de países germánicos, eslavos y latinos (lo que incluye a Rumania), Hungría no es un país ni germano ni eslavo ni latino. Es Hungría. Un país euromestizo, pluriétnico y multirracial, unido por una lengua que declina 16 casos y usa 14 vocales. Una lengua que se rige por principios como la aglutinación y la armonía vocálica, difíciles de asimilar en el corto plazo. Una lengua que ha producido una de las culturas literarias más robustas y fascinantes de todo Occidente, y que pide a gritos ser accesible para los lectores hispanoamericanos, que sólo hemos vislumbrado muy discretamente la abundancia de autores y obras que nos espera por descubrir.

No hay nada más apasionante que despertar cada día con el reto de aprender una palabra nueva, de asimilar una inflexión desconocida, de descifrar una sola línea en un papel estrujado sobre la acera. Para alguien que ha decidido hacer de la difusión de su propia cultura una tarea vital, no hay nada más satisfactorio que aprender a decir con naturalidad, en una lengua impenetrable y desconocida: “Me llamo así, y soy de México”.